

MODALIDAD: Relato
TITULO: El oasis verde
AUTOR: El profeta

Acababa de llegar de mi pueblo hacía muy poco tiempo y tengo que reconocer que la primera vez que vi el Hospital La Fe, me impactó.

Soy hijo, como tantos otros, de trabajadores españoles en Gibraltar, aquellos que el gobierno decidió recolocar a finales de los 60 y principios de los setenta, tras el cierre de la frontera de forma unilateral, en distintos centros hospitalarios que, por aquellas fechas, se estaban inaugurando a lo largo y ancho de la geografía española. Formé parte de aquella “caravana” tan peculiar de casi 100 familias que llegamos a Valencia en tren (marzo de 1971) con la maleta llena de ilusiones y la idea de encontrar una nueva vida y nuevas oportunidades.

Mi padre acababa de entrar hacia dos meses (enero de 1971) a formar parte de la plantilla del Hospital La Fe y, tras tomar contacto con el trabajo y solucionar el alojamiento, vino a buscarnos al resto de la familia.

En aquella época, la actual avenida de Campanar (entonces Alférez Provisional), era un estrecho camino asfaltado por el que difícilmente cabían dos vehículos cuando se cruzaban, dónde no existían aceras y el barro se adueñaba de la situación al más mínimo chaparrón. El colegio San Javier, en aquella época dedicado a la tutela de menores, presentaba un aspecto de oscura dejadez, con sus muros altos y desconchados, que contagiaba la tristeza que yo imaginaba en su interior. Lo que conocemos hoy como calle Joaquín Ballester, en aquellos tiempos ni siquiera era calle, sino un solar dónde, en su día, se había manejado la posibilidad de que sirviera de aparcamiento al futuro hospital y dónde se abocaba todo tipo de escombros y desechos y que llegaba hasta la estación de autobuses. Por supuesto todavía no se había construido el parque de Tendentes. El límite del Hospital con la calle Ricardo Micó, lo marcaba un eje que unía la escuela de Enfermería y el Hospital de Rehabilitación. El lugar que hoy ocupa el Centro de investigación, era un inmenso paraje repleto de maleza, recorrido por acequias, pequeños huertos y salpicado de algún árbol solitario que llegaba hasta prácticamente la avenida Burjasot y dónde, en el poco espacio desocupado y polvoriento que quedaba, jugaba al fútbol la chiquillería (yo mismo en más de una ocasión), ante la silueta de la antigua iglesia conocida popularmente como la barraqueta.

Como he comentado al principio, mi primera visión de la “Ciudad Sanitaria La Fe” me impactó, aquella hilera de edificios enormes, en forma de semicírculo (aún no se había construido el edificio, justo enfrente de Maternidad, que hoy alberga la cafetería y el Servicio de Riesgos Laborales) con sus fachadas impolutas de ladrillos ocres, resplandecientes bajo los rayos del sol, alfombrada de un césped verde que cubría la mayor parte del recinto y delimitada, al igual que hoy en día, por el seto que marca casi todo el perímetro del Hospital, me pareció **un oasis**, un hermoso oasis verde en medio de aquel paisaje árido y rudo, sin urbanizar.

Al comprobar in situ la enormidad de la construcción, dejó de parecerme pretencioso el nombre que le habían asignado: Ciudad Sanitaria La Fe. Realmente, a mí, me parecía una ciudad. Entrando desde la Avenida de Campanar, por el acceso que da a la Escuela de Enfermería, no llegaba a atisbar el final de los edificios, alguno de ellos, construcciones de más de diez alturas, algo poco común en aquellos años, y no digamos el helipuerto, que tanta importancia y esperanza ha tenido para muchos y que años más tarde se convirtió en protagonista inesperado de la actualidad periodística, cuando en julio de 1978 ocurrió el desgraciado accidente del camping Les Alfaques. Entonces el trasiego de los helicópteros trayendo y llevando enfermos se hizo cotidiano y la hilera de camas en la calle esperando a los afectados, se convirtió en portada de los periódicos e incluso del telediario de la época y, dónde a más de uno, desde la visión aérea, el Hospital le parecería, como a mi me ocurrió, **un oasis** de esperanza.

Una vez más la solidaridad de la gente de esta tierra, desde los trabajadores ofreciéndose sin descanso a trabajar las horas que hicieran falta, como el resto de los habitantes de esta ciudad, con los ofrecimientos para donar sangre y la ayuda desinteresada, quedó constatada.

La buena reputación médica del Hospital, a nivel popular, fue creciendo enormemente rebasando los límites provinciales y regionales, superando la histórica creencia de que lo mejor, clínicamente hablando, estaba lejos de aquí. Durante muchos años mi vida se desarrolló alrededor del Hospital, mi domicilio distaba apenas 300 metros de él. A diario pasaba por delante de él varias veces por diferentes motivos. Muchas tardes, después del colegio, junto a mis amigos, entrábamos al Hospital justo por delante de la Escuela de Enfermería,

en dónde, en algunos balcones, asomaban las internas que allí estudiaban. Cruzábamos por debajo del pasillo que une Rehabilitación con el pabellón Central, bajábamos la cuesta que daba acceso al antiguo tanatorio, dónde ahora está Coagulopatías Congénitas, (no se había construido aún el edificio que alberga actualmente Medicina Nuclear y Protección Radiológica y mucho menos el de Resonancia Magnética) buscando la soledad, a sentarnos en los poyetes que rodean el Hospital, para hablar de nuestras cosas.

Sin embargo mi conocimiento del interior era escaso, en aquella época el acceso a los diferentes edificios estaba limitado y muy controlado. Los celadores protegían las puertas de acceso con diligencia encomiable, acatando las ordenes que les llegaban de la dirección. Cuando se acercaba el horario de visita, el hall de los diversos pabellones se atiborraba de gente que pretendía entrar a visitar a sus familiares o conocidos ingresados, a las nuevas madres y sus recién llegados hijos, esperando por turnos que algún familiar, bajase y le dejase el correspondiente pase que se entregaba a los familiares de los ingresados, eso si, cumpliendo el horario de visitas estrictamente.

Con el paso de los años, los accesos externos al hospital fueron mejorando, en la avenida Campanar, se construyeron las aceras con baldosines de alegres colores rojizos y ocre, tan poco habitual entonces, dando una pincelada de color y alegría y se plantaron las primeras palmeras. En el colegio San Javier, olvidada ya la faceta de correccional, se instaló la Consellería de Cultura, un colegio, el Instituto, la guardería, instalaciones deportivas.... cambiando por completo la fisonomía de la zona, un tanto triste y aburrida, por algo mucho más alegre y concurrido. Se abrió al tráfico la Calle Joaquín Ballester, se construyó el parque de Tendetes, se inauguró el instituto valenciano de Oncología y, en octubre de 1982, se inauguró el gran centro comercial que culminó el gran cambio de todo el distrito. Todo ello condujo a cambiar de forma espectacular el entorno de nuestro querido Hospital que, con el paso del tiempo y el cambio de titularidad estatal a regional, ha ido cambiando la coetilla que ha acompañado tradicionalmente su nombre, ciudad sanitaria, Hospital de la seguridad social, Hospital del Servasa, Hospital Universitario....pero siempre sin perder su corto nombre y profundo significado: La Fe.

El Hospital creció con una serie de nuevos edificios construidos a espaldas de Rehabilitación, como el Centro de Investigación, entre otros. Se construyó el

pabellón de Gobierno, el edificio que albergó hasta no hace mucho el Servicio de Informática y que ahora ocupa Alergia. Las instalaciones del Servicio de Urgencias del pabellón Central han sufrido diversas remodelaciones, al igual que Reanimación y Cuidados Intensivos.

Ah, ¡por fin!, y de esto no hace tanto, se consiguió el viejo sueño de unir, con la construcción del espectacular pasillo aéreo, el Pabellón Central con maternidad, eliminando los molestos traslados en ambulancia que tenían que sufrir los pacientes que lo necesitaban.

Junto con los cambios del entorno y el crecimiento del Hospital, llegaron también notables cambios en el foro interno. La primera huelga de trabajadores del Hospital en los albores de los tiempos democráticos, con los despidos de algunos profesionales, que tanta repercusión tuvo, y la readmisión de casi todos ellos, ante la protesta de muchos compañeros y usuarios. El recuerdo de los femeninos uniformes de las enfermeras, con sus faldas, delantales y cofias almidonadas, los uniforme grises de los celadores destinados a conserjería, las faldas plisadas y los chalecos de las administrativas o las antiguas camas grises con sus manivelas portátiles, que tanto costaba encontrar cuando más lo necesitabas si querías incorporar al enfermo de turno.

En abril de 1995 mi padre, después de 25 años, se jubiló y ahí acabó mi esperanza de poder trabajar junto a él en el mismo Hospital.

En el año 2001 comenzó mi andadura profesional dentro del Hospital, empecé a descubrir, con más profundidad, las estructuras internas, tanto arquitectónicas como laborales y personales del Hospital, hasta entonces limitadas a visitas a familiares o a conocidos ingresados, a urgencias por alguna torcedura de tobillo, a la entrada a los paritorios con motivo del nacimiento de mis hijos, después de acudir regularmente a cursillos impartidos por las matronas, requisito indispensable por aquellas fechas, para los futuros papas que quisieran ver el parto en directo, a algún que otro recado que llevé a mi padre en los años de mi adolescencia, cuando comunicar por teléfono no era tan fácil como hoy en día, o cuando, no recuerdo bien que año corría, toda la familia al completo, al igual que los familiares de otros muchos trabajadores, tuvimos que acudir a reconocimiento médico y a vacunarnos para prevenir un presunto brote de enfermedad infecciosa detectada en algunos pacientes que acudieron a puertas de Urgencias.

Como yo, hoy en día, dentro de la plantilla de trabajadores pertenecientes al Hospital, hay mucha gente que se ha ido incorporando año tras año y cada vez, obviamente, son menos los que empezaron su andadura profesional con la inauguración y ya no están entre nosotros por diferentes motivos: traslados, fallecimiento, jubilaciones....., yo he tenido el privilegio y la suerte de conocer y trabajar junto a algunos que hace ya casi cuarenta años, emprendieron la difícil tarea de empezar de cero y poner en marcha esta institución y que forman parte de la historia viva de La Fe. Ellos, al igual que todos los que hoy en día componemos la plantilla de esta casa, debemos de sentirnos orgullosos del prestigio ganado día a día por nuestros profesionales, así como de todos aquellos que han realizado su formación aquí (MIR, enfermeros, Matronas) y luego han recalado en otros Centros, contribuyendo con su buen hacer a engrandecer el prestigio de este **oasis verde** que ahora cumple 40 años, llamado Hospital Universitario La Fe.

Fdo.: El Profeta